



(Octobre, 1846.)

LE PARISIEN.

Costumes des Ateliers de M. *Alphonse Schmitt* de Madrid, 12, Rue de Choiseul
 Bureaux du Journal, 43, Rue neuve Vivienne, à Paris

LONDON published at the Moniteur de la Mode Office by FEUILLET-DUMUS.

15 Great Street, St. John's Square.



MODAS DE PARIS.

DE SEÑORA. Explicacion del figurin repartido con el número anterior.

FIGURA DE LA IZQUIERDA. *Trage de calle*. Sombrero de terciopelo verde ó rosa, guarnecido la parte superior con un *fanchon* ó adorno sobrepuesto y redondo de terciopelo del mismo color, guarnecido de encaje. — Cuello levantado compuesto de dos encages pegados de plano, el uno al extremo del otro. — Vestido *redingot* de terciopelo liso y color granate fino. — Cuerpo liso, hechura de corazon. — Mangas lisas y justas por el hombro, anchas por la bocamanga, y un poco cortas y abiertas por debajo hasta cerca del codo. — El cuerpo y delantera del vestido, hasta el extremo de la falda, lleva una línea de lazos de terciopelo y satin, formando *rouleaux*, cogidos por mitad y sujeto por un boton ó presilla de que pende una bellota pequeña. Se gastan de seda, acero ú oro. — Schal de cachemira, fondo liso, y guarnecidos sus extremos con un rico bordado de colores.

FIGURA DE LA DERECHA. *Trage de boda*. Gran velo de tul liso, prendido en la cabeza á lo religiosa, y con guirnalda de flor de azahar, formando diadema sobre la frente. — Pelegrina ó *bertha*, fondo de encajes, con dos órdenes tambien de encaje. Se usa esta *bertha* sin fondo para trage de calle. — Vestido de satin blanco, guarnecido con cinco órdenes de volantes anchos de encaje, y mangas de lo mismo adornadas de igual manera.

DE CABALLERO. El figurin número 796 presenta dos tipos: el de la izquierda con un sobretodo de hechura entre *paletot* y *redingot*. Su cuello es convexo, la vuelta estrecha y suelta; el talle sobre las caderas; la abertura de los bolsillos sesgada y sin cartera; las mangas con vuelta ancha, suelta y abierta; la bocamanga tambien ancha. El pantalon es derecho y sus costuras exteriores vuelven sobre el empeine del pie, como los usados actualmente que llevan el nombre de pantalon de fantasía.

La figura de la derecha manifiesta un sobretodo ancho y abrochable, esmeradamente entallado, con airosos y ligeros pliegues debajo del talle, y faldillas cortas que parten de la cadera. Los bolsillos se hallan entre los pliegues y encerrados en el forro.

El frae es cortado á la francesa, muy abrochable,

ancho de pechos y de hechura airosa y ceñida por la parte interior, á fin de que descubra la estremidad del chaleco. El pantalon es algo ajustado, aunque su corte es corriente ó de fantasía; con cuya modificacion hace mejor efecto.

Añadiremos á estas esplicaciones algunos detalles sobre las modas en general. Desde luego advertimos que es poca la variedad que se nota en ellas, y á fin de evitar dudas diremos tambien que la prenda principal, llamada indistintamente *redingot* ó *paletot*, por tener el talle muy bajo, anchas y cruzables las vueltas, y cortas y forradas las faldillas, puede calificarse del modo siguiente:

El *redingot* es la prenda que mas se acerca á la *lebita*, y en consecuencia su largo es siempre un término medio entre esta y el sobretodo. Por el contrario, el *paletot* puede hacerse del largo y ancho que se quiera, si bien se usan algunos muy cortos, con arreglo á la estatura de quien lo lleva. El entalle de estos es bajísimo y fuera de la cadera.

Respecto al corte, se hace de tres maneras distintas el de la junta de las faldillas con la delantera. Por regla general se les pega á nivel, es decir, á la misma altura, tanto en la delantera como en los costados y espalda; otros se cortan en cavidad, de modo que la pieza del lado forma una punta muy aguda. Se viste, por ejemplo, 8 de largo sobre la cadera, 16 cerca de la costura del costado. A parte de estos dos medios existe un tercero, que consiste en dar al bajo del cuerpo una forma redonda y dejar mucho juego á las caderas, aunque cuando las faldillas son recogidas, la amplitud parte de la cintura, y desde luego se cree que la costura está en la cintura misma.

Para los *tweeds*, se ensaya, dicen, hacer el cuerpo sin cintura por el ancho; esta es la única diferencia que se nota en el *tweeds*, pues en vez de un pliegue, á lo largo, bajo del brazo, es una costura que termina por un pliegue que parte desde la cadera y baja derecho como el del cuerpo. Hay, pues, dos pliegues en cada lado del cuerpo, y para sentarlos todos cuatro á iguales distancias, es necesario que el cuerpo tenga 60 centímetros de longitud, y que la pieza del costado tenga 12.

Entre los diferentes artículos para vestidos de niño, lo que mas se lleva es una pequeña chupa griega cuya forma es muy semejante á una túnica corta, redondeada por delante y sin cuello. Se pone en el interior de la delantera un chaleco fingido que sobresale y puede abrocharse. El pantalon es plegado por delante y la es-

palda. En lugar de capa se pone á las niñas una especie de *visite* que tiene, ó mangas enteras ó antebrazos, que se ponen á la altura del codo.

PATRONES Y LABORES.

Núm. 1. Dibujo para petaca: se borda en terciopelo con hilo de oro y se forra de gró ó de mué. También se hacen de casimir bordadas con seda á punto de cadeneta ó de cordoncillo, y en uno de sus lados se coloca una cifra, lo que es sumamente elegante.

Núm. 2. Gracioso y sencillo dibujo para zapatillas, que se borda en casimir con cordoncillo de seda.

Núm. 3. Parte posterior de dicha zapatilla. Si se quiere que el bordado aparezca mas cargado, puede colocarse un segundo contorno paralelo al primero; y si este se hace con seda de color un poco mas bajo, se obtendrá un efecto precioso.

Núm. 4. Dos lindos ramos para pechera de camisola, los que se bordan á mosquetado.

Núm. 5. Entre-dos para canesú, camisola ó gorrito de niño; para este último fin se usa doble, y se borda á pasado.

Núm. 6. Otro entre-dos para bordar á mosquetado en muselina ó chaeonada.

Núm. 7. Cenefa de pañuelo para la mano, que se borda asimismo á mosquetado.

PATRONES PARA PANTALÓN DE ULTIMA MODA.

Núm. 8. Es la mitad del frente.

Núm. 9. Mitad de la parte posterior ó de detras.

Las otras dos mitades que corresponden á esta, se hallan divididas en la lámina, á causa de no poder contener la marca del papel todo el corte en tamaño natural, pero se han descrito con líneas de igual forma, para mayor claridad.

Núm. 10. Mitad de la cintura.

Núm. 11. Geroglífico.

Solucion del anterior.

«El conocimiento de la geografía es esencial á un hombre culto.»

GERARDO Y EMILIA.

NO TELA.

LAS VENTAS DEL CASTILLO.

El sol hermoso de abril, oculto á los ojos de los hombres, solo empezaba á nunciarse con un débil resplandor en el cielo de Andalucía. Ni la mas ligera nube manchaba la luz del alba; la brisa que reinaba era fresca y sutil. El incesante canto de cien y cien aves cruzando por los aires al ir á saludar al astro del día; el mecimiento de las nacientes espigas, cuya ondulacion parece poner en movimiento el suelo de la primavera: todo anunciaba una mañana de las mas bellas.

Muchedumbre de campesinos y tragneros agolpados en el exterior de la puerta de Triana, aguardaba pacífica la hora de poder penetrar en Sevilla para adquirir el sustento del día; y el vecindario empezaba á dar las primeras muestras de su existencia, cruzando por las calles algunas personas, que como seres perdidos, caminan con los ojos abrumados por el peso de un sueño que no se ha disipado todavía.

Eran, en fin, las 5 de la mañana del 20 de abril de 1855, las que al sonar en el reloj de la soberbia Giralda, con aquel acento vago y poderoso que solo presta el ambiente matutino, hicieron como por encanto abrirse las puertas de la ciudad. Entre el tumulto que por la de Triana penetraba, veíanse cruzar saliendo, dos jóvenes que se dirigian al puente, alejándose de Sevilla: llevaba el mas alto un sobretodo de finísimo paño negro que casi tocaba al suelo; el cuello y los embozos hasta el pié, eran de terciopelo del mismo color; su corbata de raso tornasolado con un caprichoso rameado, puesta con desaliño, flotaba uno de sus extremos sobre el hombro izquierdo; el sombrero, colocado sobre las cejas, apenas dejaba divisar sus rasgados ojos negros. Su compañero, de unos 42 años, en mangas de camisa, y con una gorrilla color de castaña echada atrás, iba saltando y distrayéndose con todo lo que miraba á su alcance. Su fisonomía tenia toda la travesura de los muchachos de la plebe sevillana.

El porte elegante del fugitivo, que lleva las dos manos metidas en los bolsillos de su leviton; sus brillantes botas de charol, en una época en que no eran comunes entre nosotros; el silencio y precipitacion con que ca-

minan estos dos jóvenes, la hora, y sobre todo el aire melancólico del primero, revelan claramente una huida de persona de distinguida clase.

Después de haber atravesado el puente de barcas que flota en el Guadalquivir y el barrio de Triana, sin notar que van llamando la atención de los maliciosos vecinos, tomaron senda hacia el poniente siguiendo el camino que conduce á la sierra de Aracena.

Poco más de media hora llevarían andando, y ya el sol con todo el brillo que ostenta en el mediodía de España se destacaba en el horizonte derramando un torrente de luz sobre la fértil campiña que cruzan nuestros fugitivos por el torcido camino que la divide por medio: su reflejo, sobre la blanquecina tierra que pisan, enojaba la vista, y á medida que se acercaba al cenit, se hacia insufrible, así como el calor que arroja el suelo al despedir sus rayos.

Hasta entonces no habia desplegado sus labios Gerardo, que es nuestro principal personaje, ni Leandro, su inquieto compañero, habia cesado de silbar y cantar, brincando de uno á otro lado; mas el cansancio, el calor y la molesta impresión de la luz, produciendo efectos diferentes, obligó á cada uno á cambiar de estado. Gerardo, quitándose el sobretodo, que hizo un lío sujetándole con su pañuelo de seda, lo acomodó bajo el brazo izquierdo; soltóse la corbata, que echó en el sombrero, y alzando la vista lanzó una mirada radiante de placer, de aquellas que solo es dado á un joven de 19 años y prosiguió la marcha con mas precipitación. Leandro por el contrario, apagados los primeros bríos, fué posando el pié con mas orden, y bajo el peso del cansancio que empezaba á experimentar, caminó al lado del primero con sosiego y sin interrupciones.

¡Cuán hermoso cuadro ofrecen á la vista estos campos, sembrados de caseríos y pueblos que como ligeras manchas matizan el verde del suelo con su blancura apagada por la bruma que los separa! ¡Qué bello sol llena el espacio de purísimos arbores!..... ¡Cada arbusto, cada flor, cada hoja, hasta el mas ligero tallo, reflejan un color diferente, que estasia el ánimo, y deja vagar el pensamiento sin objeto fijo. La luz que hierre tantos productos naturales, ya los viste de una tinta vivísima que revela su vida, ya reflejándose, parece bordarlos con filetes imperceptibles de oro y pedrería!.. ¡Bella es la luz! ¡hermosa la naturaleza!... El atractivo inexplicable que despliega, solo le percibe el hombre dotado de un alma sensible: ¡la creación!... la creación!... ¡hay un cuadro mas galano y valiente, mas sublime y

grandioso, que el de la naturaleza animada con el vigor de la primavera?... Acá un susurro continuo y apagado, lleva los ojos á un arroyo que se escabulle entre la grama y los juncos: allá un golpeo incesante roba la atención para contemplar una pintoresca cascada cuya espuma deslumbra con su blancura, cuyas gruesas gotas interpoladas reflejan los colores del iris, ó brillan oscilantes al caer, con mas viveza que el diamante mas claro: á esta parte se siente rebullir en un árbol un pardo ruiseñor cuyo melodioso é interrumpido canto parece la expresión de su ternura; del lado opuesto, el zumbido del aire, cortado por un vuelo rápido, hace notar al ave de los campos que vestida de azabache y nieve luce en el espacio su limpio plumaje: todo, todo, el balido del ganado, las voces de los pastores perdidas en el viento; el sonido de las campanas vagando ya indeciso; las auras moviendo las ramas de los árboles; las cintas y dibujos que hace la luz en las lejanas sierras, todo arrebat, embriaga el espíritu, y en la dulce enagenación que se experimenta, la vida es el colmo de la felicidad!... Tales eran los pensamientos que cruzando por la imaginación de Gerardo le llevaban absorto sin contar sus pasos. Mas ¡ay!... que siempre hermanados los deleites y los pesares, es imposible evitar que cada goce no traiga en sí mismo una idea de dolor.

Aquellas sierras escarpadas que veia á su frente, aquellas masas enhiestas, cuyo contorno desigual recortaba el horizonte de una manera tan caprichosa, eran las raíces de otras mayores que iban á separarle de su patria: tal vez el cuadro de bellezas que tenia á su rededor iba despidiéndole para no vivir mas que en su memoria, y esta idea pertinaz tendió un velo de disgusto en la fisonomía juvenil de Gerardo. Sus ojos tomaron aquella expresión de delicadeza y pesadumbre que siempre infunden los recuerdos amargos.

Quitose el sombrero, porque tal vez le fatigaba, y su ancha frente empezó á sentir el benéfico beso de las auras. Flotaban las melenas en torno de su cabeza, sus ojos rasgados y negros volvieron poco á poco á su mirada vaga y seductora. Sobre el labio se percibía apenas una ligera línea de naciente bozo, bajo la cual brillaban como menudas perlas dos hileras de apretados dientes. Una sonrisa entreabrió sus labios, y sacudiendo ligeramente la cabeza, dijo á su compañero: ¿cuánto llevaremos andando?

—No sé: pero lo preguntaré á ese arriero que se acerca. En efecto, un hombre como de 40 años, con la faz y las manos tostadas y encaldecidas por la intemper-

rie, venia sentado sobre una mula á la que precedian otras tres con fardos de poco volumen. Al llegar á nuestros caminantes, con voz reposada y grave, «que Dios guarde á sus mercedes» dijo: y Leandro, parándose un momento, preguntó: ¿cuánto hay á Sevilla?

—Tres leguas.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las ocho.

—Gracias, dijo Gerardo, que ya llevaba algunos pasos adelantados: y siguió, dirigiéndose al muchacho. ¡Tres leguas en menos de tres horas, y á pié; no temo nada: por esta cuenta podíamos llegar á Aracena hoy mismo!

¡Inocente!... ¡como le engañaban su decision y su edad!.... catorce leguas andadas sin descanso por un jóven que jamás habia caminado á pié, ¿quien se atreveria á creerlo posible, sino él mismo, cuya ignorancia le hizo creerse mas fuerte que lo que su naturaleza y sus costumbres permitian?

Así empezó á conocerlo, al terminar la legua siguiente, llegando á un miserable pueblecillo que se llama *El Algarrobo*, cuyas casas están construidas sin mezcla alguna: solas las piedras de la próxima sierra, sobrepuestas unas á otras, forman las paredes, y los tejados son de la misma construccion, escepto uno, que medio cubierto de paja y con una docena de tejas diseminadas, manifiesta ser la vivienda del cacique del lugar.

Esta casa es una posada, en la que entraron Gerardo y su compañero, diciendo casi al mismo tiempo: «estoy como cansado:» á lo que añadió Leandro: «acaso tomando aquí un bocado, hagamos fuerzas y podamos andar un doble.»

(Continuará.)

EL HOMBRE Y SATAN.

FANTASIA.

SATAN.

¡Quién como yo! de las flotantes nieblas

el misterioso carro me arrebató;

surco el profundo mar de las tinieblas

y es mi lecho la hirviente catarata.

Un dia en rebellion mi osada frente

á Dios alcé con envidioso anhelo;

vencióme, sí, mas en mi rabia ardiente
llevé conmigo la mitad del cielo.

¡Quién como yo! desde el abismo oscuro
donde la noche lóbrega se encierra
tiendo la vista audaz, miro seguro
cuántos aborta crímenes la tierra.

Mi esencia vuela en el espacio inmenso,
mi espíritu maléfico en él flota,
roto del porvenir el velo denso,
la venda del temor caída y rota.

¡Oh! vengan, sí, los recios vendabales
con sus sordos rumores, sus profundos
ecos, que en las mansiones infernales
nacen para estenderse por los mundos.

¡Oh! vengan, sí, de la empinada sierra,
en turbulento son crucen airados,
y al mundo entero declarando guerra
rasguen el vago espacio desbandados.

Apague el sol sus turbios lumináres,
júntense los alzados horizontes,
sorban la tierra los airados mares
y chóquense los montes con los montes.

¡Quién como yo! mi presuncion altiva
¿quién igualar podrá? ¿quién mi fiereza?
mi fuerte planta en el abismo estriba,
y alzo hasta al sol radiante mi cabeza.

Miro, y marchito las lozanas fuentes,
suspendo el ronco son de las cascadas,
y tiendo mis miradas insolentes
de Dios á las magníficas moradas.

Síguenme en confusion penas y vicios
y de duelos copiosa muchedumbre:
camino por terribles precipios
y es mi pecho volcan y es mi alma lumbre.

Rayos lanza mi vista enardecida,
tengo por lechos escabrosas breñas,
y hago yo que en batalla parricida
los hombres contra Dios alcen enseñas.

Circúndanme los encontrados vientos,
que al crugir de los bravos aquilones,
al bramar de los recios elementos
del universo á los mezquinos sonos.

Yo me aduermo tranquilo y sosegado:
en la pobre laguna del diluvio
mojé sediento el paladar quemado
cual el horrendo cráter del Vesubio.

Aquella fué una orgía deliciosa,
dia de gozo y de placer fué el dia
en que yo en mi caverna tenebrosa
almas sin fin malditas recibia.

¡ Ah! yo recuerdo tan hermosa fiesta!
nunca gocé mas gratas sensaciones,
bacanal de dolor, sonora orquesta
de quejas, alaridos, maldiciones.

Los infernales ángeles reían,
y á hundirse en mi rencinto eternamente
todos los hombres en tropel venían,
y hacinábanlos yo con mi tridente.

Rojo el cielo brilló, los truenos broncos
todos atropellándose corrieron;
columnas duras y macizos troncos
á las cavernas de la nada fueron.

Yo por las altas rocas fuí marchando,
raudo crucé por bajo las ciudades,
y mis fúnebres alas desplegando
me interné en mis oscuras cavidades.

Genios del mal, los que mi audaz bandera
seguisteis contra Dios, genios malditos,
venid, venid, y en la ardorosa hoguera
de mi reino arrojad á esos precitos!

Venid á verme! vuestro rey os manda:
vedme con mis cabellos refulgentes,
con mi túnica negra, con mi banda
roja, con mi corona de serpientes.

Venid á verme con mi lanza altiva:
¡ quién como yo, que mi soberbia planta

en lo profundo del abismo estriba
y hasta el sol mi cabeza se levanta!

Dia es hoy de placer: ea! los ecos
llenad con vuestras voces infernales,
llenad de espanto los espacios huecos
de las vagas regiones mundanales.

Yo soy Satan, el ángel de la envidia,
el que quiso ser mas que lo infinito;
venid, tengo poder que ya no lidia
el hombre, pues de Dios está maldito.

Así dijo, y poblando las regiones
del viento, mil espíritus vinieron
tres veces en revueltas confusiones,
y enredor de mi frente se ciñeron.

Tres veces, sí, sus descarnados brazos
espadas elevaron llameantes:
pudieran destrozar en mil pedazos
de Titan á los ínclitos gigantes.

Pudieran detener en su carrera
del genio y del amor empresas grandes,
y el ardor de sus ojos derritiera
las sempiternas nieves de los Andes.

Sí, yo los ví venir! abandonaron
negras mansiones de los montes Rífos,
del viento los alcázares surcaron
sobre sus negros y volantes grifos.

Venid, el hombre entre la culpa duerme....
Dios aparta la vista de su lado:
venid, venid aquí? no veis? inerme
le teneis en el ocio encenagado.

¡ Quién como yo! mi presuncion altiva,
¿ quién igualar podrá? mi fiera planta
en lo profundo del abismo estriba,
y hasta al sol mi cabeza se levanta.

EL HOMBRE.

Dios me dá bellas flores deliciosas;

de valla se interpone entre los dos,

me libra de tus furias horribles,

y puede mas que tú: ¡quién como Dios!

FRANCISCO LUIS DE RETES.

EL GUIRNALDERO.

Después de esta conferencia quedó Domingo en extremo melancólico, porque temía que como el humo se desvaneciesen todas sus ilusiones; y sin embargo, no podía ocultarse que el anciano monje tenía razón. Por una parte, ver á Clara todos los días sería perjudicar su reputación, y por otra eran aun muy jóvenes para casarse..... En la mañana del siguiente día debía el padre Pablo tener una conferencia con Clara. ¡Si fuese para alejarla, para destinarla una vivienda en que Domingo la perdiese para siempre!..... ¿No había hecho alusión el monje á la necesidad de una pronta y decisiva medida?.... En la mas favorable hipótesis, ninguna duda cabía que llegase á conseguir, por lo menos, el que desapareciese la inocente confianza que Clara había puesto en su hermano adoptivo..... Habiendo conciliado el sueño el joven artista entre tan dolorosos pensamientos, soñó que se hallaba ya á los pies de Clara, confundido bajo una lluvia de flores, ó ya, junto á la arruinada fuente, procurando consolar á la joven y llorando con ella.

Al siguiente día Domingo se levantó cuando comenzaba á amanecer, y fué á emboscarse entre los árboles que había á orillas del camino por el cual debía pasar Clara á su regreso de la capilla. No tuvo que esperar mucho tiempo; pero ¡gran Dios! ¡qué mudanza! El andar de Clara era lento y vacilante; llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho y el llanto anublaba sus hermosos ojos. El corazón de Domingo palpitaba con violencia, porque llegó apresurarse á él era la causa de aquellas lágrimas, de aquel profundo disgusto; así es que, incapaz de dominarse por mas tiempo, salió de su escondite, y corrió hacia la joven, que al verle dió un grito de alegría.

—¡Bendito sea Dios, pues todavía me queda alguno á quien amar! dijo elevando sus manos al cielo.

—¡Oh! sí, ¡yo os amaré siempre! exclamó el joven. Pero ¿por qué llorais, Clara?

—¡Ay de mí! ¿no he de llorar? En él encontré un padre desde que perdí el mío.... Ha sido tan de repente.... ayer tarde tan bueno.... y.... ¡ya no existe!

—¡Ha muerto! repitió el joven poniéndose sumamente pálido ¡el padre Pablo ha muerto!!

—¡Dios mío! sí; esta mañana, puesto de rodillas, lo han encontrado cadáver.... la muerte le atacó mientras oraba... Pero ayer tarde os fuisteis juntos ¿qué os dijo? Os suplico me repitais las últimas palabras que pronunció en este mundo; sí, repetídmelas... ¿Domingo, no me ois?

El artista respondió evasivamente. Parecía estar muy conmovido, y sus labios perdieron el color.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! os habeis puesto malo, dijo la joven mirándole con amorosa inquietud. ¡Oh! no vayais también á moriros y á dejarme enteramente sola.

—No, no, querida hermana; nada tengo; pero no lloreis así, el padre Pablo vela por vos desde el cielo.

Cuando poco después entró Domingo en su casa, se leía en su frente la impresión de grandes y sublimes ideas. En lo sucesivo, se decía á sí mismo, á nadie tendrá Clara sobre la tierra mas que á mí.... Desde luego conoció la santa responsabilidad de su posición, que lo colocaba frente á frente de la desventurada huérfana, y su alma se elevó á la altura de los sagrados y benéficos deberes que le imponía esta responsabilidad.

Algunos meses trascurrieron, y Domingo continuaba haciendo grandes progresos en su arte de platero, pero sin perjuicio de que de vez en cuando lo abandonase, para ocuparse en realizar algun dibujo de capricho, ó para retratar á alguna de las personas que frecuentaban el obrador; retratos que causaban la alegría y producían la admiración de cuantos los veían. En mas de una ocasión, el anciano Corradi temió hubiese cometido un desacierto sujetando al arte de platero, sin embargo de los adelantos que él también hacía, el talento poco común de su hijo.

Entre tanto, mil objetos diversos de recreo ó de lujo, producto de la habilidad del joven amante, iban embelleciendo la morada de su querida hermana. A pe-

sar de ser Clara el objeto de su acendrado cariño, y la lámpara en que brillaba su genio, conocía el inflexible orgullo de su padre, ciudadano Florentino de antigua alcurnia, tan ligado á su hidalguía como el mas alto baron de Alemania puede estarlo á los blasones de su nobleza, y por ello no se atrevía á solicitar su consentimiento para una union tan desproporcionada; por de pronto se contentaba en hacer para su hermana una especie de santuario de su afecto, y en guardar en él, como premio de futuros días, la recompensa que se prometía de un escesivo trabajo, recompensa mas grata á su corazón que los aplausos presentes y la fama de la posteridad.

En esta época fué cuando perfeccionó el retrato de Clara, ocupacion deliciosa por sí misma, y cuyo encanto realzaba aun mas el misterio en que debia estar envuelta. ¡Qué origen de dulces frivolidades, de agradables interrupciones! Unas veces la inocente niña, incapaz de conservar por mucho tiempo la gravedad que se le recomendaba, se ponía á reír; otras lo era el joven pintor, que arrebatado en la contemplacion del modelo, dejaba olvidados el pincel y la paleta; otras Clara, abandonaba la postura en que se la habia colocado, é iba á situarse á espaldas de Domingo, para observar los progresos de su semejanza, protestando cada vez, con sinceridad, que no podia de modo alguno ser tan bella. El retrato se concluyó por último; pero á pesar de las súplicas de Domingo, y de los esfuerzos de Clara para aparecer con aire circunspecto, se descubria cierta sonrisa en aquel juvenil semblante, resaltando con tal brillo en sus labios y en sus ojos, que por poco que se fijase la atencion se comprendia el resultado de aquella franca y simpática alegría. Los dos hermanos de Domingo, David y Benito, se prendaron en el momento de facciones tan perfectas, y su mismo padre dijo:

—Esto es un aborto de fantasia; jamas ha existido mujer tan hermosa!

Domingo se sonrió.

—¡Vive Dios! exclamó Benito, si encontrase el original, mañana mismo me casaba.

—Es decir, si era de tu misma clase, le respondió David, que participaba de las preocupaciones de su padre.

—¡Bah! contestó Benito, la aristocracia de la belleza borra toda distincion de rangos.

—Al oír estas esplicaciones, Domingo concibió la seguridad de encontrar un abogado en el franco y ani-

moso Benito, cuando llegase el momento de declararse.

—El entusiasmo del joven artista por las bellas y sublimes escenas de la naturaleza, no era un arcano para nadie de su familia. Estaban acostumbrados á verle abandonar, desde su infancia, su tarea para ir en busca de inspiraciones, ya á la cumbre de la montaña, ya á las orillas del mar; así es que sus continuas ausencias apenas se notaban, y mucho menos infundían sospechas.

La hora en que el sol se ponía era la mas grata para Clara y la que mas simpatías encontraba en su alma, porque en ella veía á su amado Domingo. Cogidos de la mano, divagaban los dos jóvenes en las risueñas márgenes del Arno, formando para lo futuro mil encantadores proyectos. Muchas veces, en medio de la oscuridad de la noche, el eco repetía las carcajadas de los jóvenes y presenciaba la sincera alegría de sus tiernos corazones. Pero tambien en otras fué testigo de su melancolía, porque Clara solía recordar que habia ido desapareciendo de la faz de la tierra cuanto amaba y cuantos la amaban; entonces temblaba; la opaca luz del crepúsculo revelaba la palidez de su rostro, y acercándose mas á Domingo le preguntaba si estaba seguro de no hallarse indispuerto; ó bien con una cándida supersticion, interrogaba á las nubes, á las astros, y deducía presagios segun su situacion ó su brillo, y el artista, entusiasmado al oirla, exclamaba muchas veces:

—Oh! si pudiésemos ir á habitar allá arriba, en una de aquellas estrellas, y vivir en ella juntos!

—Y por qué no sobre la tierra? preguntaba la sencilla Clara; ¿son por ventura aquellos remotos mundos mas bellos que el nuestro?

—Nada respondió Domingo, que sin embargo de ser de los dos el que mas esperanzas podia tener de gozar de las satisfacciones que puede ofrecer, no por eso era el mas feliz.

(Concluirá.)

REVISTA DE TEATROS.

Poco podremos decir hoy sobre teatros á nuestras amables lectoras, que son las que con mas interés recorren esta seccion, porque ha habido poco de nuevo.

PRINCIPE.

La vida es sueño. Una de las producciones mas filosóficas que dió al teatro D. Pedro Calderon de la Barca, ha sido la elegida para beneficio de D. Pedro Lopez, repitiéndose despues algunas noches.

Esta comedia tiene el defecto de que no es para vista en escena despues de haberla leído. La impresion que produce su lectura meditada es muy superior, es mucho mas profunda que la que ocasiona en espectáculo. Es verdad que D. Carlos Latorre recita de un modo inimitable los versos de Segismundo, pero tambien lo es que á su lado no luce ningun otro actor. Ademas, la presencia del señor Latorre no es adecuada para el personaje que representa.

LA CRUZ.

Desde los *Dos Foscari* nada ha puesto en escena que deba llamar la atencion, porque si bien han sido funciones escogidas, podriamos añadir que tambien lo son casi populares, si es permitida esta voz.

Sabemos, sin embargo, que en este teatro se pondrán en escena algunos dramas nuevos para las próximas fiestas, entre ellos los *Mosqueteros de la reina*, sacado de la célebre novela de Alejandro Dumas, de este nombre, arreglado para el teatro por él mismo, y del que se estaba dando últimamente en Paris la centésima representacion, y que la empresa piensa poner en escena con todo el lujo y propiedad posibles, sin detenerse ante los gastos extraordinarios que lleva consigo la adquisicion de mas de diez nuevas decoraciones que deben estrenarse en esta funcion.

A este seguirán poco despues *Los misterios de Paris*, drama mónstruo, no sabemos en cuántos actos y cuadros, que debe con el anterior indemnizar sin duda

á este teatro de todos sus sacrificios, si, como dudamos, han logrado sus autores trasladar á las tablas el interés que ha hecho tan populares estas dos novelas.

EL CIRCO.

Con *La Fortuna*, gran baile fantástico, ha llamado la atencion de sus muchos aficionados, en los primeros dias, pero basta decir que en nada escede á la *Hija del Infierno*, y antes por el contrario, en los bailables es muy inferior á muchas otras composiciones coreográficas.

INSTITUTO.

Sigue convertido en una parodia de la vida: mitad de funcion á toda luz, y otra mitad con ninguna. Una rana de grueso calibre, que en nada se parece á semejante animal, aunque tiene bastante habilidad; un mono muy mal disfrazado, tan ágil como la rana (como que tienen una misma alma), y un barril rodando todo un acto; hé aquí lo mas importante de la inacabable funcion que está dando este teatro.

La compañía lírica, constipada sin duda, ha ido á buscar climas mas benignos, convencida de que al idioma de Cervantes no es ni Ponzetti, ni Rossini, los que le han de buscar los sonidos.

VARIEDADES.

La comedia original en tres actos y en verso titulada: *A las máscaras en coche*, que se puso en escena en este teatro en la semana última, fué acogida con disgusto por el público, y á la verdad que no le faltó razon para mostrarse poco satisfecho, pues la tal composicion es mala en todos conceptos, y la ejecucion no fué por cierto mejor.

ERRATA.

En el número anterior, ó *ramillete poético*, el penúltimo verso del soneto del señor Carvallo dice: «de llegar hasta el tronco que abrillantas» y debe leerse: «de llegar hasta el trono que abrillantas.»